

*liberum*, y Selden se había hecho su campeón en el *Marē clausum*. Carlos I prohibió (1636) á todo extranjero pescar en las costas de la Gran-Bretaña. Cromwell renovó las ordenanzas con respecto á este asunto (1652), queriendo que en reconocimiento de la supremacía de la Inglaterra, consintiesen los holandeses en arriar su pabellon y dejar visitar sus barcos. Resultaron de esto tres guerras (1652-1665-1672), en las cuales se ilustraron los marinos holandeses y los grandes almirantes Tromp y Ruyter.

Ruyter, que había ascendido por grados, tenía un conocimiento profundo y mucha práctica en la ciencia del marino. Los puertos, los escollos, los bancos, las calas, las corrientes, le eran tan familiares como las personas de su casa. De una actividad incansable, constantemente sobre la cubierta de su barco, vigilaba en persona la ejecución de sus órdenes, y se hacía amar de los marineros, que le llamaban *buen padre*. Persuadido de que «no se puede obtener la victoria sin la ayuda de Dios» y que «tanto las victorias como las derrotas no son más que el instrumento de la voluntad de Dios», encontraba en este modo de pensar moderación en la prosperidad, tranquilidad en los desastres. Entró en 1667 hasta el Támesis; y habiendo llegado á Chatham, incendió los barcos que estaban en la rada, sembrando el espanto en Londres.

Deslumbrado el pueblo con el prestigio de la nobleza, y despreciando los jefes salidos de su seno, retiraban sus simpatías á los Witt, y echaban de ménos á los príncipes de Orange. Pero negociando la facción opuesta á esta casa con Cromwell la paz de Westminster (1634), había aceptado la condicion de no elegir por stathouder al príncipe de Orange ni á sus herederos. El objeto secreto de Cromwell era impedir que este príncipe, yerno del rey de Inglaterra, llegase á ser jefe de la Union y hacer peligrar de esta manera su usurpacion. Algunos estados desecharon esta exclusion; lo cual produjo escritos y discusiones agriadas por las fracciones filosóficas como en otro tiempo por los odios teológicos.

Los reformados de Ginebra habían adoptado el peripatetismo purgado de la escolástica, y Teodoro de Bezo se proclamó partidario de Aristóteles; pero Ramus refutó en parte al Estagi-

rita, sustituyendo su propia lógica á la suya, que á su vez fué excluida de la Holanda por la oposicion de José Escaliger. En este estado de cosas, la filosofía de Descartes, que había ido á refugiarse á Holanda en 1629, adquirió gran crédito; pero fué combatida por Gilberto Voit, en cuyo derredor se agruparon los ortodoxos, con la idea de que la duda sistemática del filósofo francés, condujera al ateísmo. Al mismo tiempo Juan Cock (Coccio) de Brema, defendió á Descartes, y sostuvo que la interpretacion de la Biblia, la razon y la filosofía debían desempeñar el primer papel, y que no siendo suficiente el sentido natural, era necesario penetrar el oculto y místico.

Los voitianos estaban apoyados por la casa de Orange, y los cocceianos por los Witt, que eran partidarios de la soberanía de hecho. Pero el sínodo de Dordrecht decidió que la filosofía debía permanecer diferente de la teología (1651), y que la Biblia, fundamento de ésta, no admite las interpretaciones derivadas del principio filosófico; en su consecuencia excluyó de las escuelas la doctrina de Descartes.

Hacia, sin embargo, progresos bajo el patrocinio de los cocceianos y de los Estados de Holanda; los voitianos eran desterrados de las cátedras y de los empleos, de manera, que la teología, la filosofía y la política se encontraban mezcladas. Cuando se trató de determinar la fórmula de las oraciones que debían recitar públicamente los pastores, estallaron los partidos. No se sabía á quién pertenecía la soberanía, es decir, por quién orar. Los cocceianos se aprovecharon de aquella ocasion para hacer declarar por los Estados de Holanda que la soberanía residía en la asamblea de los estados de la provincia, único magistrado despues de Dios; los demás cuestionaron á la Holanda el derecho de disponer la oracion; pero en todas partes se vieron obligados á aceptarla.

Como ciertos diputados se habían expresado en aquellas circunstancias con mucha osadía, temieron ser blanco de las persecuciones (1663). En su consecuencia votaron la acta de indemnizacion, por la cual todo el que en adelante sufriese daño en su persona, bienes ú honor, por proposiciones en materia de gobierno, sería indemnizado á expensas del Estado.

La política de la Holanda se encontraba en-

tonces en la más próspera situacion; era dirigida por el gran pensionario Wit, hombre muy sabio, magistrado íntegro, rentista hábil, de carácter recto y noble y de un talento despejado y sin perfidia. Ha sido juzgado de otra manera, como acontece siempre en las épocas en que las facciones están vivas, tal vez tambien porque tenía las virtudes y vicios de un jefe de partido. Taciturno, exento de temor, modesto, y sin embargo obedecido, con experiencia de los hombres en quienes ejercía el ascendiente de una razon fuerte, de una recta sinceridad y una moderacion constante, no se le acusa de una mala accion á pesar de semejantes tiempos. El solo no pudo ser corrompido por aquel Luis, cuya profusion triunfó de tantas virtudes, y llegó á ser su enemigo implacable. Instruido en el derecho y en las matemáticas, aplicando el álgebra al comercio, nadie conocía como él los intereses de los diferentes estados; no consideraba las cosas desde tan elevado punto ni con tan firme mirada. Así fué que á pesar de las trabas que le oponía la oligarquía, sabía obrar con la pronta resolucion de un ministro absoluto; negociaba con franqueza, escuchaba las proposiciones y despues cuestionaba hasta quedar bien dilucidadas. Amaba á la república á la manera antigua, y quería un ejército nacional. Creía que se podía pasar desde un mostrador á la cabeza de un ejército, como los Quintios arrebatados al arado; mercader, tuvo la vanidad de adoptar el traje militar. Este es el mayor cargo que le han hecho sus enemigos. Podemos añadir que tuvo demasiada confianza en el mar, y que descuidó las plazas fuertes, cuando debía fiarse tan poco de las potencias vecinas.

Negoció con la Francia el tratado de alianza de Paris (1662), que fué tan favorable al reino, al paso que los holandeses no buscaban más que una reciproca garantía de las posesiones de cada estado. Pero Luis XIV, con su carácter despótico, no podía creer á aquellos republicanos que se atrevían á hacerle frente, unas veces á impedir sus proyectos y otras á censurar sus acciones. Cuando las conferencias para la paz de Aquisgran, habiendo un francés dicho á un regidor de Amsterdam: *¿Cómo! ¿No os fiais de la palabra del rey?*—*No sé*, contestó el holandés, *lo que quiere el rey; pero considero*

*lo que puede*. Colbert había inspirado á Luis XIV aversion hácia aquella industriosa república, cuya prosperidad en vano trataba de igualar. Louvois hacia escribir folletos contra el rey y contra sus gustos políticos; fingían despues que estos libelos procedían de Holanda, donde en efecto las gacetas eran redactadas en otro sentido que los periódicos oficiales de Francia. Extendían la noticia de que el leon belga había sido representado en una medalla, con un cañon entre sus garras, y esta inscripcion: *Sic fides nostros tueamur et undas*; y que en otra se veía á la Holanda bajo la figura de Josué deteniendo al sol.

Aunque los Estados le hubiesen dado satisfaccion de estas pretendidas insolencias, Luis XIV quería vengarse de aquellos mercaderes que tenían la audacia de compararse á un rey; por espacio de cuatro años estudió con obstinacion y habilidad los medios de exterminarlos. Trató primero de disolver la triple alianza; cosa fácil, en atencion á que Carlos II no había tenido nunca intencion de sostenerla, y que la Suecia no había considerado en ella más que una especulacion rentística sobre la España. Envióse á aquel príncipe á Enriqueta, duquesa de Orleans, hermana del rey de Inglaterra, para que emplease con él, además del amor fraternal, otros medios de seduccion; llevó principalmente consigo una joven hermosa, pronto deshonorada bajo el nombre de duquesa de Portsmouth. Carlos prometió, pues, proporcionar hombres y barcos, y hasta hacerse católico, sólo por procurarse el dinero que el parlamento le negaba, y con la esperanza de asegurar el triunfo del despotismo sobre la constitucion inglesa, destruyendo la república holandesa. La Suecia se adhirió al tratado, como tambien los príncipes del Rhin. Nunca había tenido tanto movimiento la diplomacia; y los Estados, á los cuales se dirigía Luis XIV para obtener de ellos la neutralidad, una alianza ó matrimonios, no podían por su inferioridad contestar con una negativa.

Habiendo tratado Carlos de Lorena con los holandeses, el rey convirtió esto en un pretexto para ocupar su territorio; lo cual interrumpió la comunicacion entre los Países Bajos y el Franco Condado, y dejó á los holandeses expuestos á sus golpes.

Si su escuadra estaba floreciente, gracias á los cuidados de Ruyter, las tropas de tierra y las plazas fuertes se habian descuidado por envidia de los señores, y el País se encontraba destrozado por los partidos. Los holandeses hicieron con el rey de España y el elector de Brandeburgo un tratado de mútua defensa; Carlos de Inglaterra, que habia obtenido dinero del parlamento con el objeto de armarse para la triple alianza, dispuso de manera que uno de sus barcos fuese insultado por los holandeses; y desde el momento en que la nacion se vió comprometida á vengar la afrenta que habia recibido, les declaró la guerra (1672), al mismo tiempo que los franceses entraban en los Países Bajos. Componíase el ejército francés de ciento veinte mil hombres, de admirable aspecto, y bien provisionados por Louvois. Vauban estaba encargado de la direccion de los ataques; la artillería era formidable y los generales excelentes.

Pasó Luis XIV el Rhin, atravesó las fronteras sin guarniciones, y no encontrando más que oficiales sin experiencia, una caballería reunida sin método, tropas que carecian de espíritu militar y municiones, se adelantó con rapidez hasta llegar al frente de Amsterdam. Witt, despues de haber agotado todos los medios para conjurar el peligro, escitaba á sus compatriotas á hacerle frente con valor, y á destruir las provisiones del Rhin; no se podia esperar semejante resolucion de una asamblea incierta, en la que el partido orangista no habia cesado de subsistir, y en la que el partido republicano no dominaba aún. Atacados de repente y aislados de sus aliados, enviaron los holandeses diputados á Luis XIV para negociar bajo las más modestas condiciones; pero exageró el rey sus pretensiones, quiso imponerles duras humillaciones y precisarlos á restablecer el catolicismo; negáronse, pues, á tratar bajo estas bases, y adoptaron el partido de trasladarse á Batavia con sus toneles de oro, calculando que sus barcos podrian contener cincuenta mil familias; en fin se dispusieron á resistir con el valor de la desesperacion.

Las intrigas y reveses exasperaban los ánimos, que hacian recaer toda la reponsabilidad sobre Juan de Witt. Como preveía que los prin-

cipes de Orange volverian al poder, tuvo cuidado de establecer algunos límites á su autoridad por el *Edicto perpétuo* de 1667 y la *Harmonía* de 1670, haciendo decidir que las dignidades de stathouder y jefe del ejército no podian nunca estar reunidas. Pero en medios de aquellos desastres, todos los votos llamaron al príncipe de Orange, que fué proclamado capitán y almirante. Este era un jóven débil, novicio en las armas, reposado en el hablar, y con pocos soldados, pero ocultaba bajo un frío exterior una ambicion activa y un valor indomable; no tardó, pues, en mostrarse capaz de hacer frente al gran rey.

Aquel de Witt, que habia manifestado durante diez y siete años un amor tan desinteresado hácia la libertad, fué entonces acusado de complicidad en la invasion; aquel hombre íntegro, que no recibia más que un sueldo anual de tres libras, que rechazaba las recompensas de los holandeses, y las seducciones de Luis XIV, que no tenía más que un criado y una criada y que iba á pié cuando hasta el más pequeño cortesano del rey se paseaba en suntuosas carrozas, aquel hombre fué acusado de haber dilapidado los tesoros públicos, Predicábase contra él desde el púlpito; la muchedumbre, que en otro tiempo le consideraba como el autor de su prosperidad entonces le maldecía como causa de los desastres del país. Intentóse asesinarle, como también á su hermano Cornelio, *ruat* ó baillio de Patten: y no habiendo conseguido la empresa se le imputó haber querido asesinar al príncipe de Orange. Cornelio, que en la batalla de Santhwold habia permanecido intrépidamente sobre cubierta, á pesar de su estado enfermó, sufrió con no ménos valor tres horas y media de horribles tormentos. El gran pensionario, invitado á visitarle, fué detenido con él en la prision, y ambos hermanos no salieron de ella sino para ser asesinados por el pueblo, cuyo encarnizamiento llegó hasta vender los pedazos de su carne.

Esta era la mano de Luis XIV que se dejaba sentir en su venganza; pero trabajaba contra él mismo. Habia ofrecido la mano de una de sus bastardas al príncipe de Orange, que le contestó, que los príncipes de su casa estaban acostumbrados á casarse con las hijas legítimas de los grandes reyes. No olvidó Luis XIV esta

afrenta, y Guillermo se vió precisado de esta manera á ser un implacable adversario de él. A la caída de los Witt, Guillermo fué proclamado stathouder; desde entonces pensó, con el valor, la ambicion y la tenacidad de su padre, remediar los males de la patria. Ruyter, glorioso amigo de los Witt, triunfó en el mar, al frente de sesenta y dos navios y sesenta fragatas y brulotes. Pero se tenían pocas tropas de tierra, y aunque el príncipe de Orange operase en esta guerra con retiradas que equivalian á victorias, los franceses se portaron en ella con una atrocidad digna de salvajes.

Pasaban los franceses por valientes en batallas de posicion, pero no propios para sostenerse en una llanura. Prefería Luis XIV en su consecuencia la guerra de sitio, porque no necesitaba en ella más que constancia y método; al paso que en las batallas es preciso genio y suerte. Un general debe exponerse más que lo que convenia á Luis XIV hacerlo.

Pero Condé y Turena eran de parecer de destruir todas las fortalezas holandesas, en atencion á que las conquistas no se hacen con guarniciones sino con ejércitos y rápidas marchas, conservando siempre una ó dos plazas para en caso de una forzosa retirada. Añadia Turena que si el rey de España hubiese empleado en tropas movibles para la guerra de campaña, todos los hombres y todo el dinero que prodigó en sitios y en fortificaciones, hubiera llegado á ser una potencia sin igual.

Louvois, que queria aumentar su ministerio y el número de los empleados que estaban á su disposicion, no tuvo en cuenta aquellos pareceres, y esta fué la salvacion de la Holanda. Inundóse el país con el rompimiento de los diques; Luis XIV, que se complacia en la guerra cuando la victoria era segura y no se hacia aguardar, abandonó entonces el ejército para ir á triunfar, y embriagarse con los aplausos antes de haberlos merecido.

Ya las potencias cuya envidia se habia despertado, se disponian á declararse enemigas suyas; y el príncipe de Orange, hombre frío y sin más sentimiento que su odio á la Francia, preparaba una gran coalicion para resistirle. Carlos de Inglaterra, que obraba contra su interés y la voluntad de su país, se vió precisado á hacer la paz. Mas concedores los imperiales y la

España de sus intereses, se unieron á la Holanda (1673), y Montecuculli se manifestó digno de alternar con los generales franceses. Los invasores, que no habian marchado sobre Amsterdam cuando no podia oponerles resistencia, se vieron obligados á evacuar la Holanda, para dirigirse contra la liga, á la cual se habia unido ya la Dinamarca con otros varios príncipes de Alemania (1674). Sin embargo, Luis XIV tenía un ejército dirigido por una voluntad única, fronteras bien fortificadas, hechuras y espías por todas partes. Habiendo entrado sus tropas en el Franco Condado, tomóse á Besançon, y desde entonces este país perteneció á la Francia.

Manifestóse el arte de la guerra en aquellas campañas, que señalaron célebres batallas y prodigios de valor, pero sin preparar nada para lo futuro. Washington, por el contrario, no ganó siquiera una batalla en los nueve años de su mando, y emancipó las exageraciones que debian sucederle.

Entristécese el corazón cuando se consideran los motivos de guerras tan sábias y tan inhumanas. Luis XIV habia ayudado á los venecianos en la guerra de Candía, con objeto de obtener el capelo de cardenal para dos de sus protegidos, y asustar á los protestantes con la union de los príncipes con el papa. Aunque la rendicion de Candía estaba ya secretamente convenida con la Puerta, se continuó, no obstante, peleando. Los franceses, que fueron diezados por el hierro y la peste, sólo porque convenia á la política alagar el sitio.

Asignése por causa de esta guerra de Holanda, *la sorprendente altivez* de los Estados. Pronto se verá á Louvois suscitar otras guerras, para no verse obligado á corregir una venta, que el rey no encontraba á nivel.

El mariscal de Turena, que fué el héroe de aquella campaña (1675), fué muerto por una bala de cañon en el sitio de Saltzbach, á la edad de 64 años, y colocado como Du-Guésclin, en el sepulcro de los reyes. Padre de sus soldados y azote de las poblaciones, de un carácter frío y en nada caballeresco, sacrificaba los deberes de la humanidad á las leyes de la guerra y á los suyos de general, y asoló el Palatinado de una manera atroz.

La guerra entre Turena y Montecuculli fué verdaderamente un ejercicio artístico, una lucha de astucia, de paciencia y de actividad, en la que no se podía contar con las faltas ajenas sino sólo con lo que se hubiera hecho en lugar de otro.

Prosiguió Montecuculli sus victorias hasta que fué detenido por el príncipe de Condé. Abandonó despues el vencedor de Rocroi el mando para concluir tranquilamente sus ideas en el retiro. Montecuculli abandonó también el servicio, diciendo que despues de haber combatido con Mahomet Kiuperdi, Condé y Turena no le convenia comprometer su gloria con otros.

Prosigióse la guerra con lentitud, con marchas y sitios. Los principales acontecimientos pasaron en el mar. Habiéndose sublevado Mesina contra España, Ruyter se dió á la vela para ir á combatir contra ella, como consecuencia de la alianza que se había verificado (1676); pero el almirante francés Duquesne le atacó cerca de Lipari, y luchó con igualdad contra él, tanto habían aprovechado los cuidados que se habían tenido con la marina francesa! Despues, cuando su muerte, arrojó á sus barcos del Mediterráneo. Estas eran las primeras derrotas que los holandeses habían sufrido en el mar. Los franceses que hubieran podido conquistar toda la Sicilia, se hicieron odiar por sus acostumbradas maneras y sus desleales intrigas; por otra parte, Louvois, por envidia de Colbert, no preparó los medios necesarios para el éxito, y pronto se vieron precisados á evacuar el Mediterráneo.

Ninguna de las dos partes beligerantes consideraba el interés nacional, pero todas estaban en estado de someterlo; á fuerza de imponer contribuciones el emperador á la Hungría, la había expuesto á rebelarse; la España se abismaba cada vez más; el imperio estaba en el mayor desorden, sin acuerdo en las determinaciones que adoptaba ni prontitud en su ejecución; la Holanda arruinaba su comercio con los auxilios que proporcionaba á sus aliados; en fin, la Francia se encontraba debilitada, y no esperaba reponerse sino con victorias.

Entabláronse, pues, diferentes negociaciones, con las cuales trataba Luis XIV de dividir á los que Guillermo había reunido para defen-

der la libertad de Europa; y á pesar de este príncipe, firmóse la paz de Nimega (1678-1679), bajo la mediación de la Inglaterra. A despecho de las dificultades que resultaron de la prohibición de las mercancías holandesas en Francia, fué posible entenderse con los Estados generales, cediendo á Maestricht con las demas conquistas que se habían hecho y concediendo buenas condiciones al comercio. Una vez separada la Holanda de la gran alianza, pudo Luis XIV dictar la ley á las demas potencias. Hizo que la España le cediera el Franco condado y varias plazas de los Países-Bajos, devolviendo algunas de las que había adquirido por el tratado de Aquisgram, ó en el curso de aquella guerra.

Sostúvose más con el emperador, que tuvo que abandonarle á Friburgo, llave de la Alemania.

El Brandeburgo y la Dinamarca, despues de nuevos combates, renunciaron á las conquistas que habían hecho contra la Suecia y concluyeron la paz, tanto con aquella potencia como con la Holanda. Reintegróse Carlos de la Lorena, pero con tan humillantes condiciones que prefirió permanecer desposeído.

Nada perdieron los holandeses, excepto sus enormes gastos. La España pagó los de la paz, aún cuando no tenía interés en ella, y permaneció sin garantías; de tal manera, que para asegurar lo que le quedaba en los Países-Bajos se unió á la Inglaterra.

Por innobles motivos de venganza y ciega ambición, había comenzado la Francia las hostilidades y salía de ellas con gloria; pero si Luis XIV había abatido á los de Witt, había también elevado á su más poderoso rival. Quedó aún probada la superioridad de la Francia por el hecho de que su idioma, que treinta años antes no le hablaban más que un pequeño número de personas en Osnabruck, lo era entonces por todo el mundo; y desde este momento fué el francés la lengua de la diplomacia. Victorioso en todas partes Luis XIV, estableció la liga de sus fronteras con más union, y despues de haber proporcionado á sus generales la ocasión de adquirir mucha gloria por su valor, y mucha infamia por su insaciable avaricia é inútiles atrocidades, obtuvo el título de Grande.

## CAPITULO IV.

Inglaterra.—Carlos I.

Fundábase la obediencia de los señores con respecto al rey de Inglaterra, en el principio de la superioridad militar, como jefe del ejército conquistador; y las leyes constitutivas del país no habían sido otra cosa que estipulaciones entre este jefe y sus pares, sin consideración á la población conquistada. Los habitantes solo eran convocados de cuando en cuando para declarar lo que poseían ó para oír notificar cuanto debían pagar. Pero cuando se encontraban reunidos los comunes se atrevían á veces á hacer presentes sus agravios, y hasta á negar el impuesto, si no se les daba satisfacción; entonces los caballeros que formaban la clase infima de los conquistadores, se reunían á los comunes para oponerse á la alta nobleza.

Aumentóse la necesidad de reunir en parlamento á los comunes cuando los reyes quisieran hacer expediciones al extranjero, para las cuales, tanto los señores como el clero, no querían proporcionar subsidios. De esta manera adquirió importancia la segunda cámara, en atención á que unas veces era convocada por el rey en contra de los barones, y otras por éstos para humillar al rey.

La supremacía del príncipe se fundaba en el derecho divino de la victoria; pero cuando se conocieron las leyes romanas, los legistas proclamaron que el rey debía gobernar como absoluto, en razón de que así había sucedido con los emperadores, tipos de toda sabiduría social. Pasóse, pues, de un derecho divino al abrigo del exámen á un derecho humano contestable; y recobrando el razonamiento la facultad de calcular los diferentes grados de la autoridad y de la obediencia, quiso que el poder se conciliase con la seguridad de las personas y propiedades; seguridad tanto más necesaria cuando aumentaba la riqueza y el bienestar.

Resultó, pues, una lucha entre los comunes y los reyes. Pero el enérgico Enrique VIII, abrogándose hasta el poder religioso, hizo decapitar como impíos á los que negaban la obediencia; no juzgó siquiera necesario consultar á la raza conquistadora, y aseguró la prerogati-

de la monarquía. Estableció, pues, con la fuerza, y su hija Isabel con ilusiones, el dogma de la monarquía de derecho divino, y en su consecuencia el de la obediencia absoluta, tal como se tributa y debe á Dios. Esta tiranía sirvió para despojar al clero en provecho de los nobles, que se aprovecharon de ello. Pero si estas dos robustas voluntades consiguieron alejar la discusión de los derechos políticos en el momento en que acaba de fijarse en ella la atención, la hora de formularlos no podía tardar, y sonó en la época de los Estuardos. Creyéronse investidos de derecho divino, con la autoridad absoluta, principalmente cuando Jacobo I vió los males que habían causado al reino las divisiones de la Escocia. El despotismo estaba, no obstante, en oposición con la reforma y los dogmas que había introducido. La gran carta, enteramente feudal, era en favor de los nobles, no del pueblo; éste había sin embargo, obtenido derechos poco á poco, una representación y una porción del poder soberano, en cuyo ejercicio los pasos que dió, tímidos al principio, sirvieron despues de *precedente* á otros más atrevidos.

Habiase considerablemente aumentado la prosperidad del país, gracias al comercio. La expoliación de los conventos y los suplicios que había sufrido la aristocracia había hecho pasar á la segunda nobleza (*gentri*), las tierras subdivididas, de tal manera, que la cámara de los lores era ménos rica que la de los comunes. No pudiendo esta última acomodarse al antiguo gobierno, quería preservar las riquezas adquiridas.

De aquí procedió una lucha entre realistas (*court-party*), que creían que todas las concesiones, fuesen espontáneas ó arrancadas por la fuerza, emanaban del trono, y los liberales (*country-party*), que no considerando en la monarquía más que un conjunto de usurpaciones, fomentaban la animosidad del país contra los reyes. Es cierto que la reforma (impuesta y dirigida por el rey), no había hecho más que á medias su obra; despues de haberse dividido el rey y los obispos los despojos del abatido papismo, habían dejado existentes la mayor parte de los motivos que la habían producido; y se podía reclamar del episcopado lo que se había pedido antes al papado.